

**Apuntes del encuentro de los responsables de la Fraternidad de San José
con Julián Carrón por videoconexión
19 de diciembre de 2020**

Cantos: *E verrà
Aria di Neve*

Don Michele Berchi. Para introducir este encuentro, empiezo leyendo la pregunta que habíamos propuesto para trabajar, una provocación que nace del trabajo sobre la autoridad que hemos hecho juntos en la Escuela de comunidad de los últimos meses. Como la cuestión de la autoridad tiene que ver con nuestra experiencia de fe, con el movimiento y, de modo particular, con la responsabilidad que, de alguna forma, todos los que están conectados ahora –responsables de la San José y otros invitados– viven como servicio a la Fraternidad, nos ha parecido útil plantearlo a la luz del trabajo que hemos hecho. La pregunta que nos habíamos propuesto era esta: «En las páginas 138 y 139 de *Un brillo en los ojos* se dice: “No existiría compañía entre nosotros, no existiría misterio de la Iglesia, no existiría el pueblo nuevo que está caminando en el mundo, para el bien del mundo: sin autoridad no existiría la novedad que Cristo nos ha llamado a vivir juntos”. ¿Cómo te provocan estas palabras, cómo te ayudan a clarificar tu experiencia de *visitor* y de responsable?».

Me gustaría retomar el comienzo de este epígrafe, porque me ha impresionado mucho y me ha juzgado, a mí y también los ámbitos y situaciones donde vivo. Al principio habla del lugar de la pertenencia, donde se vive la relación con la autoridad y se tiene experiencia de ella; es lo que me permite vivir, tocar la realidad: «Nos vuelve reales y nos permite vivir». Y se hace un elenco: sentir las cosas, percibir las, captarlas intelectualmente, juzgarlas, imaginarlas, proyectarlas; toda una lista de verbos que hablan de mi acción, de mi vida cotidiana. Y aquí me doy cuenta de que en esta vida cotidiana en acción, o brota un criterio que no es mío, y que obtengo de este lugar –casi sin darme cuenta, y no dentro de una instintividad, sino como fruto de una adhesión–, o bien (de esto me doy cuenta sobre todo en mi nueva situación laboral, en la que estoy muy contenta, pero que presenta muchas diferencias) la acción personal es fruto de la instintividad, de buenos sentimientos o de buena voluntad. Aquí advierto realmente la diferencia. De hecho, lo quiera o no, y no porque no se dé una conciencia sino porque es algo que me supera y me aferra profundamente, está dentro de mi ADN, me doy cuenta de la diferencia que hay entre seguir este lugar, seguir una presencia precisa, que es quien nos guía, y moverse por buenos sentimientos o por una gran generosidad. En cuanto al juicio sobre la realidad y la inteligencia a la hora de captar el sentido de la realidad, efectivamente aquí se da una diferencia. Cada vez me doy más cuenta de que este es el método del movimiento, de nuestro carisma. Yo trabajo en un ámbito cristiano, pero el método que nos caracteriza –y que nos hace distintos, no porque seamos superiores, sino porque se puede percibir una diferencia–, es el método propio del carisma: seguir a alguien que ha dicho que sí. Primero lo dijo don Giussani, después lo ha dicho Carrón y ahora cada uno de nosotros dice su sí a un lugar y a alguien. Este es el método que permite vivir con inteligencia en la realidad, es decir, con la inteligencia de la fe; y es algo que sorprendes dentro de ti y que te asombra. No es algo que produzca yo como fruto de una estrategia, sino que sucede.

Julián Carrón. Buenas tardes a todos. Con esta intervención tenemos tema para comenzar nuestro diálogo, porque esto es lo que menos se acepta hoy en día. Hemos citado muchas veces a don Giussani cuando dice que «la cultura actual sostiene que es imposible conocerse y cambiarse a sí mismo y a la realidad “solo” siguiendo a una persona. La persona, en nuestra época, no es contemplada como instrumento de conocimiento y de cambio, ya que se la entiende de modo reductivo: el conocimiento se concibe como reflexión analítica y teórica, y el cambio como praxis y aplicación de reglas. Sin embargo, Juan y Andrés, los dos primeros que se encontraron con Jesús, aprendieron a conocer de un modo distinto y a cambiar ellos mismos y la realidad precisamente por

el seguimiento de aquella persona excepcional. Desde el instante de aquel primer encuentro el método ha empezado a desplegarse en el tiempo» (L. Giussani, «De la fe nace el método», en *Huellas-Litterae communionis*, n. 1/2009, pp. III-V). Giussani ha centrado la cuestión. Y nosotros no estamos llamados a repetirlo sin más, sino a ver si este planteamiento, esta diferencia de la que hablaba esta intervención, verificado en la experiencia, encuentra confirmación en nuestra forma de estar en la realidad. Aquí no es suficiente con repetir cosas, por muy justas que sean, porque la ayuda que podemos ofrecernos, que debemos ofrecernos recíprocamente, es compartir la experiencia que vivimos en el punto que se ha planteado ahora, mirar dónde hemos visto que sucede, comprobando si es verdad o no lo que dice Giussani. Y no porque tengamos una duda al respecto, sino para convencernos de ello hasta el fondo, para que nuestro seguimiento no sea simplemente aceptar algo a priori. Nosotros lo aceptamos sobre todo porque confiamos en la persona que nos ha comunicado esa hipótesis y también porque, como el mismo Giussani dice, verificamos lo que sucede cuando entramos en la realidad con esta hipótesis. De hecho, si no realizamos esta verificación nunca podrá llegar a ser nuestra, como hemos dicho en la Escuela de comunidad de esta semana. A propósito de esto, me ha asombrado mucho la cuestión del conocimiento nuevo que hemos abordado, porque en el fondo esto es lo que está en juego aquí. Desde el principio Giussani dice que la criatura nueva está caracterizada por una conciencia nueva, por una mirada y por una inteligencia de la realidad que los demás no tienen. Giussani usa palabras muy exigentes: «Convertirse en una “criatura nueva” significa tener una conciencia nueva, una capacidad de mirar y de comprender lo real que los demás no consiguen tener» (L. Giussani, S. Alberto, J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 2019, p. 85). Por eso, si no verificamos estas cosas, si las reducimos a la afirmación teórica de una persona presuntuosa que le dice a otra: «¡Mira, yo lo sé mejor que tú!», si ser una criatura nueva no se demuestra ante nuestros ojos por la manera de estar en la realidad, repetimos las frases de don Giussani pero no estamos convencidos de ellas hasta el fondo; se convierten en una especie de mantra que repetimos, pero no impregnan nuestra vida. Don Giussani dice que esta conciencia nueva de la realidad es la conciencia normal con la que hemos de atravesar todo el conjunto de circunstancias de la realidad. Por tanto, debemos entrar en la circunstancia, en la realidad, con la hipótesis que nos hemos invitado a verificar, para que resulte evidente ante nuestros ojos que nos proporciona una inteligencia nueva de la realidad. Todos estamos llamados a hacer esta verificación, en primer lugar por nosotros mismos, y también por los demás. No podemos ir por el mundo diciendo: «¡Amigos, nosotros tenemos la verdad!». Si es verdad, lo tendrá que mostrar nuestro modo de estar en la realidad, nuestra capacidad de comunicar una diferencia dentro de lo que vivimos. Porque, en el fondo, la pretensión del cristianismo es que, al entrar en la realidad partiendo de una historia particular, se puede vivir de forma distinta cada cosa, cada circunstancia. No soy yo quien define el acontecimiento, sino que es el acontecimiento el que me define a mí. Todos nos hallamos delante de un reto: verificar si seguir a alguien, una historia particular, nos permite experimentar la posibilidad de entrar en relación con todo de forma distinta, viviendo todas las circunstancias con una novedad, es decir, usando las palabras de san Pablo, como una criatura nueva. No se trata de hacer reflexiones en abstracto sobre este tema, que no sirven para nada, sino de testimoniar la experiencia que vive cada uno, porque es lo único que nos convencerá.

Hace algún tiempo entraron en mi casa tres ladrones que, sin decir una palabra, me agredieron rompiéndome las gafas y un brazo. Cuando leí en la Jornada de apertura de curso que Carrón hablaba de violencia gratuita, me acordé de este hecho, que me había impactado mucho. Reconozco que en ese momento tuve una serenidad que normalmente no tengo. Cuando arrancaron todos los cables de internet y el módem, lo que provocó cortocircuitos, le dije a la persona que lo estaba haciendo: «¡Ten cuidado, no te hagas daño!». A pesar de que tenía el brazo roto y de que me hallaba en esa situación, me preocupaba que esa persona pudiese acabar mal. Él escuchó, se quedó atónito y me miró como diciendo: «Pero, ¿por qué te preocupas por mí?». Ese hecho cambió su situación, hasta el punto de que empezó a decir a los otros dos: «¡Vámonos, vámonos!». Un detalle

que me sorprendió es que, antes de irse, me encerraron en el baño y me dejaron una botella de agua potable, porque en mi casa el agua no es potable. Otra cosa que me impresionó es que les pedí que no se llevaran la cartera en la que tenía toda la documentación. Se llevaron el dinero, pero me dejaron la documentación. Lo percibí como una gracia, como algo especial, como si algo hubiese provocado el comportamiento de esa persona. Entre todo lo que tiraron de las estanterías estaba nuestro breviario, que se quedó abierto en el suelo, y él se sorprendió. Permanecí encerrada en el baño quince horas, y al final tuve que salir rompiendo la puerta. Pero di gracias al Señor porque estaba viva, porque hacía un día precioso. Me doy cuenta de que la experiencia que vivimos, la compañía que nos ha regalado don Giussani es la que da forma a la vida, es lo que permite mirar una circunstancia tan violenta de forma serena. Gracias.

Carrón. Gracias a ti. Se trata de un ejemplo precioso de lo que decíamos antes: una manera de vivir la realidad que nos sorprende ante todo a nosotros mismos, y también a los demás cuando la ven suceder. No es algo que nos guisamos y comemos solos, sino que, en cuanto las personas perciben esta diferencia –evidentemente, no siempre ni en todas las circunstancias–, algo cambia, como hemos visto al leer el libro sobre Van Thuan. Él no se lo guisaba y se lo comía solo, y por eso la gente que entraba en relación con él cambiaba; su actitud cambiaba incluso a los guardias que lo vigilaban.

En las quince horas que estuve encerrada en el baño pensé justamente en Van Thuan: «Si él se hubiese encontrado en esta misma situación, encerrado, golpeado...». No puedo decir que se tratara de valor, pero sí de serenidad. Es como si Van Thuan, con su experiencia, me hubiese abierto la mente para afrontar ese momento. Esto desmiente lo que muchas veces pensamos: «Leo el libro y ahí se acaba todo». Pero no es así. Se trata de pruebas que nos enseñan algo. Gracias.

He pensado bastante en la pregunta que nos han propuesto porque me interesa mucho comprender. He vuelto a recordar aquel 19 de noviembre de 2019, cuando fuimos con todo el Centro a hablar contigo y te dijimos que para nosotros –después de todo el trabajo que había hecho el Centro anterior y que fue retomado por el nuevo Centro de forma casi inesperada, pero en continuidad con la experiencia que vivimos en la San José– la autoridad eres tú, en cuanto que has sido elegido por don Giussani para guiar el movimiento, y que nosotros no necesitamos otra cosa más que a Cristo. A ti te alegró escuchar esto último, y más aún a nosotros, porque fue la explicación de lo que nos dice la experiencia que vivimos, reconocida por todos los de la Fraternidad. Me gustaría que me ayudaras en una cosa: yo reconozco en ti la autoridad, y además tengo un grupo de Fraternidad con el que comparto la experiencia de la San José y del que puedo decir que, en todos los años de movimiento que he vivido, es lo que más me ha ayudado a percibir la misericordia de Dios conmigo, en mi vida. Y por eso lo que se dice en el grupo para mí tiene una autoridad; no sé si es justo decir esto, pero si pienso en lo que sale de nuestro grupo, en lo que dicen mis amigos del grupo, veo que esto trabaja dentro de mí durante los quince días siguientes antes de volver a vernos. Lo que se dice en el retiro de Adviento, en el de Cuaresma, en los Ejercicios, lo que es nuestra vida de la San José, para mí es una autoridad. Es autoridad en el sentido de que yo lo pongo en juego durante el día, a lo largo de la vida. Últimamente me han impresionado dos cosas. Hace cuatro años volví a trabajar como abogada, prácticamente desde cero, gracias a la generosidad y a la mirada amorosa de una amiga que me preguntó por qué no retomaba mi trabajo de abogada. Y yo, que no veía el momento de volver, le dije enseguida que sí, sin saber a qué me enfrentaba. Estoy feliz con esta experiencia, y creo que lo que aprendo en el movimiento, que para mí ahora es la Fraternidad de San José, se convierte también en una inteligencia nueva en el trabajo, en el sentido de que la obediencia a la autoridad es obediencia al jefe, a mi jefe. Pero no es una obediencia ciega. Es decir, a priori se da una obediencia, porque yo obedezco y, a medida que trabajo, plasmo la realidad, me introduzco en la realidad y ofrezco también sugerencias, pero sin anteponer nunca lo que yo digo. Es decir, ofrezco una sugerencia, si luego es acogida, muy bien, si no es acogida obedezco igualmente.

Lo segundo que me ha impresionado es que han sucedido distintos hechos muy difíciles en mi familia que han supuesto una gran prueba (lo cuento porque me parece que abrir el corazón es la forma de

compartir la concreción de la vida). Mi madre es bastante matriarcal y últimamente no está bien, como tampoco lo está mi padre. Me ha impresionado que en esta situación de mi vida he tenido una actitud objetivamente distinta, es decir, he mantenido la unidad de nuestra familia. Esto ha surgido en mí de forma espontánea por lo que aprendo en mi grupo, dentro de la Fraternidad, por lo que aprendo en la Escuela de comunidad contigo, por los textos tuyos que leo. Aprendo confrontándome, identificándome con la forma que tú tienes de vivir, tratando de entender cómo vives y moverme consecuentemente. Se trata por tanto de un test. No sé si es un test de lo que tú dices, pero a mí me lo parece porque la prueba final es que yo, dentro del caos de mi vida, que me ha hecho estar siempre psicológica y emotivamente bastante confundida, me encuentro bien.

Carrón. En esto consiste la verificación. La cuestión no es lo que yo digo, sino la verificación que tú haces en tu experiencia, en el trabajo, en la familia, en lo que tienes que afrontar. Porque ciertamente no es fácil volver a empezar como abogada después de tantos años o tener una actitud distinta con relación a los padres, después de años viviendo según una cierta modalidad. Yo no tengo otra cosa que proponeros. Toda mi autoridad moral, mi autoridad –llamadla como queráis–, no consiste más que en compartir con vosotros la experiencia de verificación que yo vivo. Como digo siempre: «Si os sirve para vivir, estoy feliz; y si no os sirve, buscaos a otro». No tengo nada que defender. Solo puedo compartir con vosotros lo que me sirve a mí para vivir y las razones por las que tengo una determinada actitud.

Cuando en tu grupo escuchas ciertas cosas que te impresionan y que asumes como hipótesis de trabajo para entrar en la realidad, compruebas lo que sucede cuando sigues tus pensamientos y cuando sigues la hipótesis que recibes en el lugar al que perteneces. Esta es la cuestión. Un lugar tiene autoridad para nosotros si nos convence cada vez más de que solo a través de lo que recibimos ahí conseguimos estar en la realidad de forma más humana y verdadera, para nosotros y para los demás. La autoridad moral crece, la estima por esa autoridad que tienen el grupo y las personas del grupo o las personas con las que te encuentras crece en la medida en que te sientes generada, enriquecida por una manera de estar en la realidad, por una mirada tal que tu humanidad se ve exaltada cuando entras en la realidad con ella. La autoridad se gana en la realidad. Nadie la tiene a priori ni se la puede atribuir a sí mismo. Como tú dices, cada uno tiene que comprobar lo que es autoridad para su propio camino. Si tú aceptas a priori ciertas cosas que se te dicen, y después en la experiencia solo experimentas lo contrario, la autoridad o autoridad moral de ese grupo queda por los suelos. No es suficiente que las personas se hayan esforzado para decirte las cosas; la cuestión es si el lugar al que perteneces genera en ti una diferencia, tomada en serio evidentemente, como dice Giussani: «La Iglesia no puede trampear, pero el hombre tampoco» (L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, Encuentro, Madrid 2014, p. 288). El grupo no puede trampear, pero tú tampoco puedes hacerlo. Si uno ha tenido de verdad la gracia de encontrar un lugar que tiene una autoridad –y si no hace trampas en la relación con él–, lo comprueba en la realidad. Y esto nos hace estar cada vez más agradecidos a don Giussani. Por lo menos yo lo estoy, porque cada vez que sigo lo que aprendo de él, eso exalta cada vez más su grandeza ante mis ojos, y por ello me pega cada vez más a él –como hemos visto en la Escuela de comunidad a propósito de la relación de los discípulos con Jesús–. Y no se trata de un capricho de don Giussani, sino que yo verifico con mis propios ojos que lo que me ofrece como manera de estar en la realidad, la conciencia con la que me enseña a entrar en la realidad, introduce una novedad, genera en mí una libertad para los demás. Gracias.

¿Puedo preguntarte otra cosa? Los Ejercicios de 2006, en los que hablaste sobre la cuestión del corazón, supusieron para mí un punto de partida importantísimo, porque creo que el corazón es el criterio con el que verificarlo todo.

Carrón. ¡Muy cierto! Esta última observación es crucial. Esta mañana le escribía a un amigo, en respuesta a algo que me había contado, que la experiencia, como describe Giussani en *El sentido religioso*, es la clave del método. Desde la primera página de *El sentido religioso*, en el capítulo primero, nos plantea una alternativa. Si queremos conocer algo –en este caso el sentido religioso–, ¿qué hacemos? Un chaval que escuchase hablar de «sentido religioso», ¿qué haría? Iría a Google,

teclearía «sentido religioso» y encontraría toda la biblioteca del universo. ¿Y qué haría con eso? ¿Cómo distinguiría lo que es justo de lo que no lo es, las noticias falsas de un contenido verdadero? Se hallaría en un estado de confusión total, no sabría por dónde empezar para desenredar el ovillo. Por eso dice don Giussani que el método no puede ser este, es decir, ir a ver lo que dicen santo Tomás o Aristóteles, san Agustín –añadía yo cuando daba clase– o don Giussani –podemos añadir nosotros–, porque esto va contra el método mismo de don Giussani, por el cual no podemos abandonarnos a la opinión de otros, descargando en otros el peso de una verificación que debe ser nuestra (cf. *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2008, pp. 17-19). El método que propone Giussani como alternativa a este es el de la experiencia, porque es en la experiencia donde cada uno puede conocer la realidad. «La realidad se vuelve evidente en la experiencia»; y también: «La experiencia es el fenómeno en el que la realidad se vuelve transparente y se da a conocer» (L. Giussani, *In cammino. 1992-1998*, BUR, Milán 2014, pp. 311, 250). No estoy aquí para repetir lo que dije en los Ejercicios de la Fraternidad de 2009, porque tendría que proyectar también las diapositivas como hice entonces. Solo digo que la cuestión de la experiencia ha sido una de las cosas más decisivas para mi vida; fue lo que me hizo enamorarme del movimiento, porque me proporcionó el instrumento para hacer el camino. Si lo perdiese, el carisma estaría acabado para mí. Porque Giussani empezó la experiencia del movimiento tratando de mostrar la pertinencia de la fe a las exigencias de la vida. Y este descubrimiento solo puede darse en la experiencia. Por eso durante el *raggio* –lo he repetido muchas veces– no le interesaban las opiniones de los chavales; no les dejaba hablar de sus pensamientos. «Tú cuenta la experiencia que has tenido, porque es ahí donde aprendes», decía. Es en la experiencia donde cada uno de nosotros hace la prueba de lo que le sirve para vivir. Lo estamos viendo en la pandemia. Ante un desafío que compartimos todos, hemos visto y vemos, entre los compañeros, los amigos y la familia, quién estaba y está determinado por el miedo y quién por una novedad que sorprende ante todo a la persona que la lleva –como se decía antes– y también a los demás. El cristianismo introduce en el mundo una diferencia cuando se vive como experiencia. Esto es crucial porque es ahí, en la experiencia, donde yo puedo darme cuenta de lo que es una autoridad para mí; justamente porque vivo una experiencia puedo comprobar en mi pellejo lo que resiste el embate de las circunstancias. No es suficiente lo que dicen unos y otros. ¡Figuraos cuántas opiniones hay ahora! Y con las redes sociales circulan todavía más. En este momento en que tenemos todo al alcance de la mano, es todavía más complicado identificar el camino adecuado para el hombre, para cada uno de nosotros. Por eso, si uno no vive una experiencia de verificación se queda desorientado.

Espero que no perdamos la cuestión de la experiencia que has planteado. Porque el día que sucediese esto, habríamos perdido también el carisma por el camino. Gente dispuesta a decirte lo que tienes que hacer hay para dar y tomar. Pero gente que te ofrezca un método hay verdaderamente poca; gente como don Giussani, que el primer día que entró en clase dijo: «No estoy aquí para que vosotros consideréis como vuestras las ideas que yo os doy, sino para enseñaros un método verdadero para juzgar las cosas que os voy a decir» (*Educar es un riesgo*, Encuentro, Madrid 2006, p. 19). Es todo lo contrario del autoritarismo, de un uso instrumental de la autoridad. Vosotros podéis comprobar en vuestro pellejo si es verdad lo que os digo, y esto es de todo menos autoritario. Si hay algo que genera lo contrario del autoritarismo es justamente la educación del movimiento, porque invita a juzgar con los criterios que brotan de las entrañas de la experiencia que uno vive. Por eso siempre les ponía a mis alumnos este ejemplo: «Yo no decido cuáles son los zapatos adecuados para vuestro pie, porque vosotros mismos verificáis cuáles son los adecuados». El criterio de juicio, el criterio para juzgar una propuesta está dentro de nosotros y es objetivo. No nos lo damos nosotros, sino que está dentro de nosotros. Esto es crucial para el camino de la vida. Gracias.

En mi pertenencia al movimiento desde hace más de cuarenta años, me he visto con frecuencia en la disyuntiva de tener que seguir mis pensamientos, mis impresiones, mis convicciones o bien seguir esta compañía, en la que el rostro de Cristo se me ha vuelto familiar. Mis decisiones no han sido

siempre unívocas, por eso mi experiencia ha oscilado entre estos dos polos. Dentro de estas experiencias he podido madurar un juicio que se aclara cada vez más en la obediencia a esta compañía y que he expresado en la carta de dimisión de una responsabilidad importante que no he sabido llevar a término. Decía: no os escondo que me siento mal por no haber sido capaz de encontrar soluciones a los problemas que han surgido, pero me consuela el hecho de que me siento preferido por el Señor, porque cada vez que pienso en arreglármelas solo me pone signos en el camino que, aunque hieren mi orgullo, me permiten comprender que no todo depende de mí. En estos años he experimentado que cada vez que me muevo afirmándome a mí mismo cometo errores y no estoy contento, mientras que cuando sigo los signos y las personas que el Señor me da, los nudos y las dificultades se deshacen más fácilmente y estoy más contento. Para mí es cada vez más evidente que uno de los mayores signos que el Señor nos da es la presencia de la autoridad. En la Jornada de apertura de curso nos recordabas nuevamente, citando a don Giussani, que «la autoridad es una persona mirando a la cual uno ve que lo que dice Cristo corresponde al corazón» (De una conversación de Luigi Giussani con un grupo de Memores Domini (Milán, 29 de septiembre de 1991), en «¿Quién es este?», supl. de Huellas-Litterae communionis, n. 9/2019, p. 10). Y nos has testimoniado que tú la reconoces al indicarnos a una persona como Azurmendi. Porque nos recordabas que «el acontecimiento no debo generarlo yo, no debemos generarlo nosotros con nuestro esfuerzo, solo debemos reconocerlo cuando sucede» (Escuela de comunidad, 18 de noviembre de 2020). Pues bien, cuando miro a los amigos del grupo y soy capaz de ser fiel a este método, descubro muchas ocasiones, porque mirar sorprendido lo que el Señor hace permite superar el prejuicio, los preconceitos, incluso la idea que nos hacemos de las personas que tenemos delante. Cada vez es más evidente que, cuando nos fiamos de Él, suceden milagros que muchas veces no vienen de donde yo decido, sino que surgen de la realidad, de las personas que han sido tocadas y que se han convertido en protagonistas del acontecimiento y de un cambio. Y veo que, con el tiempo, esto ha favorecido realmente una familiaridad entre nosotros y una autoridad que constituye un reclamo continuo que me acompaña y nos acompaña en el trabajo y en las cosas que hacemos; por tanto, creo que esto acrecienta cada vez más la certeza y la disponibilidad para ser obedientes. Desde este punto de vista, me viene a la cabeza una frase que me ha impresionado al releer ¿Se puede vivir así?, cuando al hablar de la obediencia, don Giussani dice que es la virtud de la amistad. Porque el hecho de estar apegado así ha hecho que esta compañía se vuelva cada vez más amiga, y que por ello me resulte cada vez más fácil seguir y fiarme incluso en los momentos de crisis, cuando las cuentas no salen como yo querría. Gracias.

Carrón. Gracias. Lo que dices confirma lo que observábamos antes. ¿Por qué me impresiona la experiencia de Azurmendi? ¿Quién diría que un programa en la radio puede llegar a ser autoridad para una persona de su inteligencia, su edad, su experiencia humana, con todo lo que ha vivido? ¿Quién podría imponérselo? Nadie. Porque nadie en este mundo tiene la potestad de imponer nada a una persona libre. ¿Cómo interceptó Azurmendi la autoridad de ese periodista que hablaba en la radio? Justamente a causa de la experiencia: al escuchar la radio, percibió toda la diferencia que había en ese programa, y esto lo conquistó. Como nos sucedió a nosotros al principio, cuando conocimos el movimiento: el primer impacto lo provocó el toparnos con una diferencia, hasta el punto de que ya no hemos querido perderla. Si con el tiempo esto se pierde, si llega a faltar, todo se complica y se confunde.

Al haber visto producirse ese impacto en una personalidad como Azurmendi, hemos podido ver también cómo se ha potenciado su persona, su razón, su corazón, su inteligencia, su libertad, su afecto. Azurmendi ha secundado lo que le había sucedido, y hemos visto el espectáculo en que se ha convertido su vida. Entonces, ¿qué es la autoridad? Lo que hemos visto descrito en la Escuela de comunidad y él nos ha testimoniado: partiendo de un acontecimiento que le ha tocado, que le ha llenado de asombro, hasta el punto de que ha experimentado una gran admiración por algo que, desde luego, no se había imaginado al levantarse aquella mañana, ha reconocido y aceptado que no es él quien define el acontecimiento, sino que es este quien lo define a él. ¿Y cuál es la prueba? Que

Azurmendi se ha puesto a seguir lo que ha encontrado. ¡Impresionante! ¿Por qué alguien como él empieza a seguir, a obedecer lo que ha encontrado si nadie le puede obligar a hacerlo, si nadie puede imponérselo atribuyéndose una autoridad sobre él? Sigue, obedece porque la autoridad es intrínseca a la experiencia de correspondencia que Azurmendi ha vivido delante de esa diferencia. El cristianismo siempre se comunicará así, no habrá otro modo más que ver producirse dentro de nosotros la experiencia de una correspondencia, que es lo que hemos leído en la liturgia, lo que estamos viviendo en la liturgia del Adviento. Partiendo de nuestra necesidad, la Iglesia nos hace gritar al Misterio en el tiempo de Adviento: «Ábrete, cielo, y haz que baje sobre nosotros tu misericordia». Y la promesa es que cuando esto suceda, «hasta los montes se estremecerán». Es el mismo estremecimiento que ha tenido Azurmendi y que también nosotros hemos experimentado.

Esto es la autoridad. La autoridad es Otro que, para alcanzarme, puede servirse de cualquiera –en este caso, del último que ha llegado–, y entonces yo me pongo a obedecer, a seguirlo. No tengo nada más interesante que comunicaros que lo que veo hacer al Misterio delante de mis ojos. Que cada uno decida cuál es el criterio con el que vivir. Decidid si queréis secundar el estremecimiento que veis que sucede en vosotros. Es lo que hemos visto esta semana en la Escuela de comunidad cuando leíamos: «Hemos sido amados, somos amados: por ello “somos”» (*Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 102). Estamos llamados a responder a esto, a obedecerlo, como hemos visto en Azurmendi. Cuando estamos disponibles para obedecer, para secundar lo que Él –este Amor sin límite– hace en nosotros, entonces toda nuestra humanidad se ve exaltada y podemos ofrecer una contribución a todas las personas con que nos encontramos en nuestro camino.

Esta es la experiencia de la autoridad, porque no hay más autoridad que la que el Misterio hace suceder, porque es ahí donde vemos que Cristo vence. Los guardias que tenían bajo vigilancia a un prisionero como Van Thuan no podían evitar experimentar un estremecimiento ante esa humanidad. Lo más sensacional es que se sintieran generados por su prisionero y se dejaran generar por él. Nadie puede imponer que suceda algo así, que uno se deje generar realmente por la autoridad; solo se puede reconocer por la correspondencia que uno experimenta. Esta es la gran decisión de la vida, este es –como decíamos en la Escuela de comunidad del miércoles pasado– nuestro verdadero problema, porque todo lo demás lo hace Él. Que nosotros seamos amados es una cuestión Suya. La respuesta a este ser amados debe ser nuestra. Y Él nos dice: «Daos cuenta de que podréis entender qué significa esto si lo dejáis crecer en vosotros». ¿Cómo? ¿Qué es lo único que pide Jesús en el Evangelio? Ser niños, aceptar como niños lo que Él nos trae, porque lo demás será fruto de ese poder para cambiar que Cristo introduce en la vida. Pero, ¿quién podrá verlo? No quien dice: «Muy bonito, sí» –como leemos en la Escuela de comunidad– y luego se marcha. Si Azurmendi hubiese hecho esto, es decir, si hubiese dicho: «Muy bonito, sí», y luego hubiese cambiado de emisora, ahí habría acabado todo. Se habría perdido lo mejor, como nosotros nos perdemos lo mejor si no secundamos la modalidad con la que el Misterio llama a nuestra puerta. Aquí se juega la partida, amigos.

Berchi. Perdona, Julián, ¿puedo preguntarte una cosa sobre esto? Hay una cuestión afectiva previa, porque entiendo que para dejarse descolocar hace falta una disponibilidad que no es obvia. Muchas veces nos pasa que nos hallamos frente a personas que de algún modo no nos resultan simpáticas, por decirlo de forma un poco banal y superficial. Sin embargo, si no vencemos esto, se convierte en un impedimento: es como si tuviese que decidir antes de permitir que el otro me descoloque. ¿Puedes ayudarme en esto?

Carrón. Digamos que esa disponibilidad o posibilidad de estar disponibles pertenece a nuestra naturaleza. Nosotros hemos sido creados con una apertura, por eso no podemos evitar recibir un impacto, como le pasó a Azurmendi, que se topó con un imprevisto cuando pensaba que la partida de su vida ya estaba acabada. Y como puede pasarle incluso a un soldado de las SS, como cuenta Elsa Morante en una novela suya: ve una flor y todos los crímenes que ha cometido no le impiden advertir el impacto que provoca en él la belleza de esa flor. «Si pudiese volver atrás y detener el tiempo, estaría dispuesto a pasarme toda mi vida adorando esa florecilla» (E. Morante, *La storia*, Einaudi,

Turín 1974, p. 605). El hecho de la flor implica la totalidad, hasta llegar a Aquel que la ha hecho. Este pensamiento no lo puede evitar ni siquiera una persona cerrada, desastrada y humanamente destruida como ese soldado, porque su capacidad de destrucción no puede bloquear completamente esta posibilidad última de apertura. ¡Impresionante! Pero un instante después dice: «¡No! [...] No volveré a caer en ciertos trucos» (*ibídem*). Delante de la flor verifica su disponibilidad. La posibilidad de estar disponibles existe siempre, incluso en alguien como él, que ha cometido infinidad de crímenes, pero esto no impide ni garantiza nada: no impide que pueda verse desafiado por la belleza de una flor y no garantiza que, después de experimentar una apertura ante la flor, la secunde. Secundar algo, como se ha visto, es siempre una decisión, está siempre ligado a una simpatía –como recordaba la Escuela de comunidad–, ese hilo de ternura que se crea con respecto a algo presente. Así sucede en nuestra vida cotidiana. Si uno está gravemente enfermo –a mis alumnos les ponía siempre este ejemplo–, no le importa que el médico tenga un carácter horrible, porque si consigue curarlo –perdonadme la broma–, le importa un rábano el carácter que tiene, porque está agradecido de que haya alguien que comprenda algo de su enfermedad. Antes había conocido a otros médicos muy simpáticos, doctoras atractivas que le daban conversación, pero que no habían entendido nada de su enfermedad, y siempre volvía a casa triste. Pero si encuentra a alguien que lo cura, por Navidad le hace un regalo por el agradecimiento que siente –aunque tenga un carácter pésimo– porque sin él todavía estaría atrapado en la enfermedad. A veces es la necesidad la que puede abrir una grieta. Ayer, en el saludo que dirigí al Belén viviente *online* organizado por las *Suorine* de vía Martinengo, les decía que si en este momento no estamos disponibles para secundar el anuncio de la Navidad o si hacemos como que no queremos escucharlo, este nos llega de todos modos, independientemente de nuestra respuesta. Y quizá el día de mañana, cuando seamos más conscientes de nuestra necesidad, encontrará en nosotros la disponibilidad para acogerlo que hoy no tenemos.

Creo que lo que decía Julián sobre secundar lo que se nos da es una cuestión crucial para la vida entre nosotros, porque veo que muchas veces nos impresiona la positividad que surge, como por ejemplo durante la reunión, que es una característica de nuestra experiencia, una positividad que se da a la vez que un realismo total, por el que no hay necesidad de decir que las cosas son un poco menos feas de lo que son. A mí me acompaña mucho ver esto, porque me doy cuenta de que tiene un origen que desde luego no puede venir de un cierto carácter, de un optimismo. Podríamos decir que este es el reflejo último en nuestros rostros de esa confianza inquebrantable de la que hablabas este verano, de ese «sí». La positividad que, con todos nuestros límites, nos testimoniamos, viene de este «sí» y de las personas que más son para mí el signo de esto. Creo que la ayuda que nos debemos prestar es para reconocer el origen de estos testimonios, porque veo que se trata de gente que mira a los que son más grandes, que se deja generar, gente para la que la Escuela de comunidad es la hipótesis de trabajo de cada día, aunque tengan la misma fragilidad que todos. Esto es lo que da esperanza de verdad, porque se convierte también para mí en un camino a seguir, un camino que desafía quizá el nihilismo que en algunos momentos de dificultad yo también he sorprendido en mí. En definitiva, esas presencias dialogan con el nihilismo que hay también en nosotros. Y al ver justamente el secreto que hay detrás de estos testimonios y lo que indican, recordaba cuando nos reclamabas en la Escuela de comunidad a no hacer más verificación que la que propone el carisma. Pues bien, creo que esto nos ayuda en nuestra vida común. Hablamos entre nosotros, nos contamos cosas, somos amigos unos de otros, pero diciéndonos esto: ¿qué propuesta estamos siguiendo? A mí me acompaña mucho esta gente que es evidente que está siguiendo una propuesta.

Carrón. Perfecto, esta es la cuestión. Cuando uno encuentra la propuesta encarnada en una persona, debe decidir si tiene una idea distinta y mejor para estar en la realidad. Y nosotros lo veremos suceder ante nuestros ojos y lo seguiremos. O bien no es capaz de vivir según su idea, y entonces se pone a seguir a la persona en la que ve encarnada la propuesta. La vida es sencilla. No hay tantas posibilidades: o decidimos nosotros en cada momento según lo que tenemos en la cabeza, o

seguimos lo que vemos suceder ante nuestros ojos en personas que son distintas justamente porque se dejan generar, como decimos muchas veces: «¿De dónde viene esa novedad que veo en ella o en él?». El fruto de la generación es una humanidad distinta que nos hace preguntarnos: «¿De dónde nace, quién es su padre, cuál es el origen?». Nos hallamos de nuevo ante un desafío –como decía antes al responder a don Michele–: ¿estamos disponibles ante lo que vemos suceder delante de nuestros ojos, donde vemos que Cristo vence, o nos desinteresamos de ello y preferimos hacer otra cosa? Cada uno puede dedicarse a hacer otra cosa; en cualquier caso, siempre es mejor hacer algo que no hacer nada, porque por lo menos se verifica algo. Antes que permanecer quietos sin hacer nada, siempre es mejor arriesgarse a algo, porque de ese modo la propia idea se desinfla si no es adecuada. Como le pasó al hijo pródigo. Paradójicamente, fue mejor para el hijo pródigo no quedarse en casa del padre calentando la silla, porque así pudo comprobar la imagen de vida plena que tenía en la cabeza. Se lo decía recientemente a los universitarios en los Ejercicios: en la parábola de los talentos, Jesús reprende al siervo que no ha invertido el talento recibido por miedo a no conseguir nada; de hecho, el siervo sabía que el Señor era un tipo extraño, que recogía lo que no había sembrado, y con ello justificó su propia inactividad. En cambio, es preciso arriesgar, y si algo no sale bien uno aprende. No se trata de no equivocarse, sino de caminar constantemente.

La pregunta para la asamblea me ha dejado un poco confundida: «¿Qué quiere decir la figura del responsable? ¿Cómo ayuda esta palabra en tu experiencia de visitor o de responsable?». La propuesta para la reflexión era que sin autoridad no existiría la compañía en la que vivimos. Pensando en esta pregunta –después de la primera intervención sobre la diferencia que nos caracteriza en el trabajo–, me acordé del momento en que comencé en la San José, porque en nuestra vocación cada uno es responsable de su relación con Cristo. Respondiendo a esta pregunta, me he dado cuenta de que, en realidad, la figura del responsable es una función organizativa que he asumido para favorecer la vida de la comunidad de CL, de la San José, y que la responsabilidad es mi respuesta al hecho de que soy amada. No creo que la figura del responsable de la que habla el texto sea necesariamente alguien que vive así, transparentando la relación con Cristo. Autoridad y responsabilidad pueden coincidir, pero se trata de una gracia. Por otro lado, seguir a quien es responsable es una forma concreta que me ofrece el Señor para vivir. No creo que sea lo mismo la autoridad y el responsable, sería un peso y sería injusto pretender que esa autoridad brillase siempre para otro. Si surge una autoridad para alguien es una gracia: cada uno de nosotros es responsable.

Carrón. ¡Estupendo! Esto ejemplifica muy bien la cuestión, porque es verdad lo que dices: el responsable de un grupo de vuestra Fraternidad, como sucede en otras experiencias, por ejemplo en una casa del Grupo adulto, no debe ser necesariamente la persona con más autoridad, sino una persona que tiene la tarea de reclamar a las cuestiones elementales de la vida de la casa o del grupo de la San José, en cierto modo se puede usar la palabra «organizativa» para indicar tal responsabilidad, y no en el sentido peyorativo del término, para no cargar a la persona con un peso que no sería capaz de llevar. Si además una persona tiene la responsabilidad de la casa o del grupo de la San José, la tarea puede ser más que organizativa porque, más allá de organizar una reunión, comunicando cuándo tendrá lugar y qué hay que llevar para el trabajo que hay que hacer, más allá de desarrollar esta función, también puede decir: «Mirad lo que está sucediendo ahí, mirad cómo está brillando esa persona ante nuestros ojos». Entonces su tarea no se reduce a la organización, porque consiste también en seguir, ella en primer lugar, a la verdadera autoridad, que es Cristo presente ante nosotros a través de una persona en la que Él vence. Y de este modo el responsable, liberado del peso de tener que generar su propia capacidad para ser autoridad, se convierte en autoridad, porque es el primero en seguir. El hecho de que la San José te pida asumir una responsabilidad es una gracia: tú, por el hecho de tener esta tarea, estás pendiente de mirar lo que está generando el Misterio en tu grupo. Como responsable, eres espectadora de lo que el Misterio está haciendo delante de tus ojos, y por tanto eres afortunada, como lo eran los discípulos que iban con Jesús; obviamente, ellos no eran

nada con respecto a Jesús, pero no podían dejar de volver a casa cada día con los ojos llenos de lo que le habían visto hacer. ¿Entendéis? Y entonces tu papel, que es necesario en cualquier tipo de “concentración”, en cualquier encuentro que celebremos, adquiere un plus de interés, para ti y para los demás. Es así como uno llega a ser autoridad, no porque uno se la dé a sí mismo, sino porque reconoce y sigue a la persona en la que ve que sucede esa autoridad. Si yo miro a Azurmendi y lo reconozco como alguien con autoridad para mi vida, ¿qué puedo ofrecerles mejor que él mismo? Como me decía un amigo: «Con tus estudios bíblicos, habrías podido hacer un comentario exegético estupendo sobre el ciego de nacimiento en la Jornada de apertura de curso». ¡No era esto lo que me interesaba! El verano pasado vi suceder ante mis ojos algo que me interesaba poner delante de vosotros, y me eché a un lado para que pudieseis ver lo que está haciendo Cristo, que es mucho más importante que un buen comentario exegético sobre el ciego de nacimiento. Quería que se pusiese de manifiesto que el ciego de nacimiento había secundado un hecho, justamente como le ha pasado a Azurmendi. No tengo que generarlo yo, tú o cada uno de vosotros –¡esto es liberador!– no debemos sentir el peso de tener que generarlo nosotros. Estamos llamados a secundar, a seguir lo que la verdadera autoridad, es decir, Cristo, genera. Y entonces todo se vuelve una gracia para nosotros, porque nos convertimos en espectadores del poder transformador de Cristo. Gracias.

Berchi. Se han terminado las intervenciones, y diría que también el tiempo.

Carrón. El tiempo es el adecuado. Si vamos más allá... ¡perdemos autoridad!

Berchi. Gracias y felicidades de parte de toda la San José.

Carrón. Feliz Navidad también a vosotros, y haced llegar mi felicitación a todos vuestros compañeros de camino.